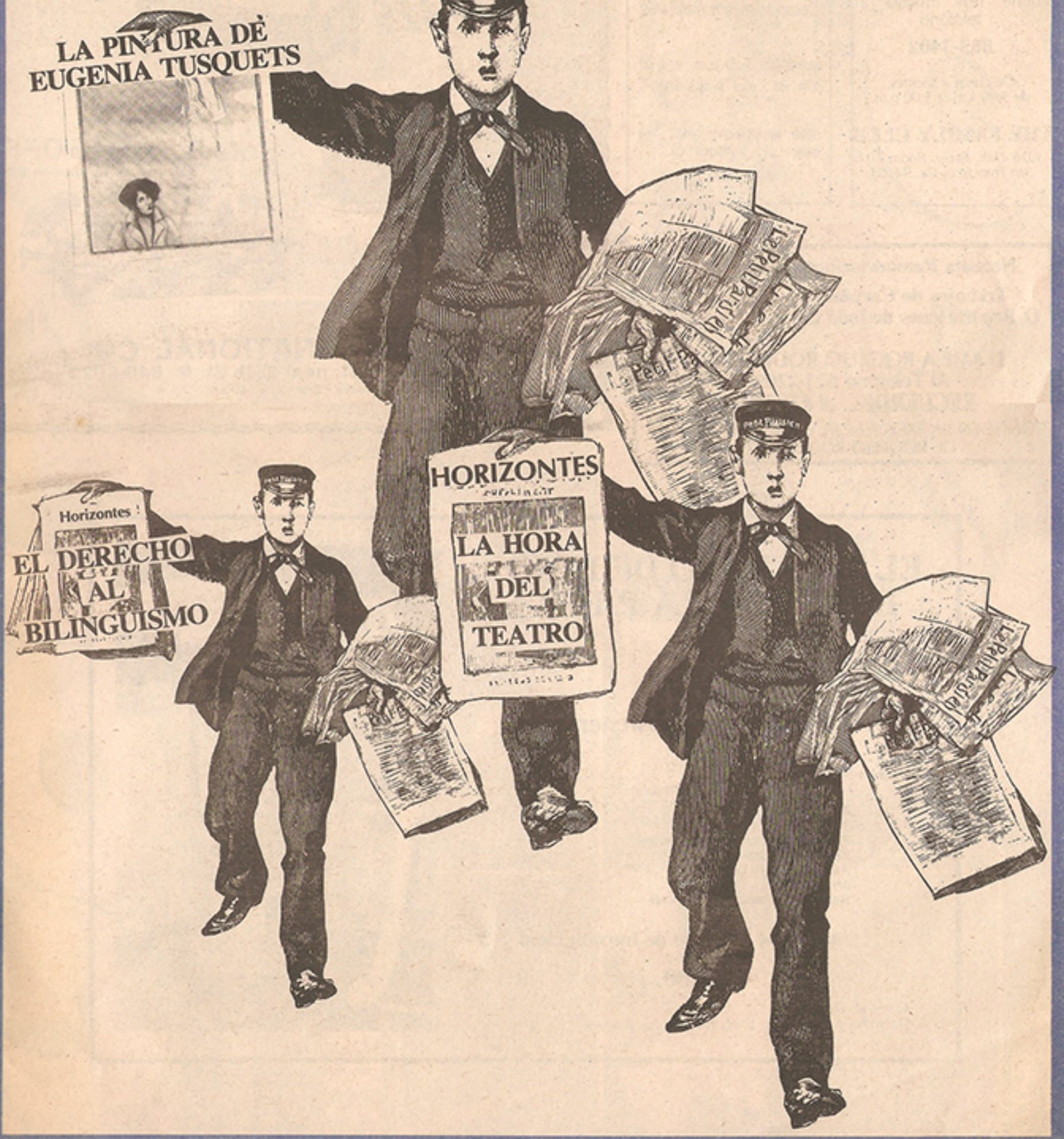
HORIZONTES

AÑO I No. 3 | SAN FRANCISCO, JUNIO 3 DE 1983 | PRECIO DEL EJEMPLAR $ 0.25



CULTURA

EL ESPACIO INTERIOR DE EUGENIA TUSQUETS

Por Arístides Montagut.

Los cuadros de Eugenia Tusquetes tienen la virtud de no dejar nunca indiferente al que los contempla. El espectador no puede simplemente echarles un vistazo y seguir su camino, que es como se miran la mayoría de las pinturas, sino que de inmediato queda atrapado en un cúmulo de sensaciones y sugerencias, y se establece una especie de conversación entre él y la pintura, en la que es ésta última la que hace las preguntas. Porque sus cuadros son como espejos: parecen reflejar el mundo con fidelidad, pero no lo hacen; hay en ellos una sutil distinción que los hace inquietantes. El espacio, las coordenadas que delimitan ese espacio, han sido cambiadas.

Uno de los problemas más importantes con los que ha venido enfrentándose la Pintura desde el Renacimiento es el problema del espacio. Los pintores han buscado en sus obras no tanto la forma de reproducir este espacio, es decir, de confeccionar una réplica del espacio real, sino la manera de crear de un espacio nuevo que reflejara la idea que del concepto "espacio" se tenía en cada época. De hecho, las soluciones al problema son de índole tan personal que han habido tantas como pintores. Sin embargo, no es difícil agruparlas en tendencias, aunque sólo sea por comodidad. Por ejemplo, los impresionistas descompusieron el espacio en sus factores fundamentales, en manchas de luz y color: era el siglo del positivismo científico y esos eran los únicos datos constatables que se tenían, corroborados, además, por el invento de la fotografía. Durante siglos, había imperado el idealismo en la Pintura y este idealismo había estado representado por las técnicas de la perspectiva. El Barroco, en momentos de cambio social, mostraba un espacio en continua expansión, nunca finalizado. Los cubistas, por el contrario, resumían el espacio: una sociedad dominada por el relativismo pintaba un conglomerado de puntos de vista (lo contrario de la perspectiva que supone uno sólo), puesto que ninguno tenía la importancia suficiente para figurar en solitario. Y, en fin, los abstractos buscaban, o buscan, anular el espacio: los cuadros, con ellos, iban a ser formas sin espacio, pues en aquellos momentos (me refiero al auge de esta corriente, los años 40, 50) todo estaba en discusión y ni el espacio parecía ser real.

Los cuadro se Eugenia Tusquets representan un nuevo tipo de espacio que no es físico, sino psicológico o conceptual. Se trata del espacio interior. Los fondos y los primeros términos de sus pinturas no son, como en el realismo convencional, elementos de un conjunto que delimitan el terreno, sino factores contrapuestos que originan una tensión, partes de una ecuación que da como resultado un concepto que no está en el cuadro, pero proviene de él. En este sentido, en el de un significado oculto, los cuadros de Tusquets son simbolistas, pero su simbolismo no es cerrado, no está hipotecado por una idea apriorística, sino que, por el contrario, permanece abierto, capaz de múltiples interpretaciones. Pero ocurre que, cuando interpretamos esos cuadros, desde el punto de vista de la obra abierta, nos damos cuenta de que son surrealistas, ya que todas los significados que extraemos de ellos son surreales; no pertenecen a la realidad inmediata, sino a un trasfondo psicológico o existencial. De todas formas, su surrealismo no proviene de un impulso automático, el motor que movía a los primeros surrealistas; no es el inconsciente en estado salvaje, invadiendo la realidad (como en El Bosco). Al contrario, las pinturas de Eugenia Tusquets muestran la parte externa de ese inconsciente, el resultado superficial de sus tensiones subterráneas. Es como si en el interior del mundo que crea esta pintora, en el interior de sus figuras, estuvieron agazapados los sueños de Dali o de Taguy, o quizás mejor las pesadillas geométricas del primer De Chirico. Son pinturas que, en este sentido conceptual, están un paso más allá de las de, pongamos por caso, Frida Kalho o Remedios Varo, en las que los personajes se ven envueltos por los materiales del inconsciente a los que todavía no han podido domeñar. Las figuras de Tusquets sí lo han conseguido, han domado el inconsciente liberado por los surrealistas y lo llevan dentro de sí. Y es por ello, que el espectador de estos cuadros presiente el fuego subterráneo que contienen y se inquieta.

Contribuye a la creación de estas sensaciones la técnica que emplea la pintora en sus composiciones. Se trata de un depurado realismo, que está a un paso de ser hiper, pero que evita los tonos vulgares de esta escuela. Por el contrario, los colores que emplea crean sensación onírica, fantasmagórica que unida a la cualidad realista de las figuras y los objetos, origina un sorprendente contraste.

Eugenia Tusquets ha sabido encontrar un camino completamente original, un camino que puede recordar muchos otros intentos anteriores, pero que no es ninguno de ellos, aunque contenga algunas de sus propuestas. La visión del mundo que proponen sus pinturas, una realidad forjada por tensiones ocultas a punto de aflorar, es absolutamente contempoánea y en este sentido es una valiente contrapartida al continuo dar vueltas sobre sí mismo de tantas escuelas ya sobrepasadas por la realidad.